

El perfume de las tareas



Gabriel D'Atri

El perfume de las tareas
Gabriel D'Atri

1. Linaje

La mayor parte del tiempo quiero estar así, sin hacer nada.

Es decir, en estas pocas, calentando el agua para el mate o el té. Pensando en hacerme ambiente para escribir. Sintiendo cuánto la quiero desde acá, desde lejos. O esta noche, si ella viene hacia mí.

En este tiempo, en el que estuve desaprendiendo cómo se hacen las cosas, replegándome hacia el lugar donde me perdí, veo cómo todo el entorno se ofrece si estoy enfocado siguiendo el perfume de las tareas, el color de mi suerte.

Si por esas cosas de la vida vinieran a buscarme para reparar, tendré la angustia natural de esos casos, cuando la cuenta regresiva es más corta. Trataré de convencerlos de alguna forma y anotaré la expresión de sus caras en la última libreta.

Me levanto y miro para todos lados. Así, todo el día con los ojos.

Pero si luego de lavarme los dientes sigo ahí parado revisando el expediente, deberé ir a sentarme y escribir, una vez más, tratando de responder.

Por ejemplo: clientes se convertirá en dientes cuando la distancia entre la ce y la ele llegue a su fin. Así es como dos cosas que no tienen nada que ver están muy cerca.

clientes > dientes

Quiero estar atento.

Si no, el cepillo y el vaso deberán cambiar de sitio.

Hacia uno sin espejos.

Cuando viene la concentración y el silencio hace efecto, aparecen elementos que empiezan a jugar. Los recuerdos, como sueños pero con lupa diurna. Lo que sucede. Sonidos para identificar. El sol en la cortina jugando con el viento. Vivo ahí todas las mañanas, como un desesperado tomando agua después de mucho tiempo. Las otras cosas de la vida comienzan a no encajar, de un modo dulce. Un sentimiento que no se toma descanso al mediodía.

Voy por el nudo que crea un diálogo. Una chispa enciende un párrafo. Hay algo que los personajes dicen. Mientras escribo aparecen los colores de la ropa, una pared, un adorno con un pie de madera oscura, con una chapita de bronce que desde acá no alcanzo a leer. Ellos siguen hablando un rato más. Vomito una cantidad de párrafos. Se van juntando. Agrupo por similitudes o pálpitos. Después, cada proyecto se independiza, con una personalidad definida y necesidades, como todos.

Son ellos que, atentos a su ciclo vital, toman

iniciativa y me dicen, señalando con un dedo abajo de un renglón: «Por favor, cuando tengas tiempo, escribí esta parte».

La máquina de escribir: Cuando uno produce termina por saber que la tiene.

No hay un mérito especial en mezclar los hechos. Arrugarlos, estirarlos, sacarles humedad. El producto es un chorizo.

Cuando se descubre la habilidad para componer, la alegría es tremenda. Quizás la que se obtiene al ver la máquina de embutidos en la vidriera del comercio, y se piensa en la cantidad inmensa de chanchos que revolotean en el barro del fondo de casa.

Buscar porque no podés hacer otra cosa. La mezcla demente que te arrastra en la búsqueda del chorizo que vos seas.

La araña que no es: desde acá veo, a unos tres metros de distancia, algo como dos paréntesis boca abajo arriba de una baldosa, uno al lado del otro, enfrente a la heladera. Tómense unos segundos para hacerse la imagen, por favor. Podría ser una araña, por ejemplo, y aquellas, sus dos patas delanteras.

Pero hace rato que está, desde que empecé a pasar de la libreta china al archivo de texto, tecleando todas esas ideas que se esfuerzan por salir en momentos especiales de producción creativa. «No se alteren, chicas. Salgan de a una y las anoto a todas», les digo.

La bicha no se mueve. Debo pensar en otro nombre para mis paréntesis acostados. O arrastrarme hasta ahí, agacharme y definir el tema. Averiguar qué es la araña que no es, y no tener más excusas para levantarme a hacer otra odiosa tarea que demande el mundo.

Trato de leer, de seguir leyendo un libro que empecé hace unas semanas. Pero hay algo que no me deja. Demoro en aceptar que es así, que me voy a sentar en la silla a escribir una y otra vez. Como un caballo lento que mira sorprendido el vapor saliendo de su boca al frío de la noche.

2. Fondo

I

En el fondo hay plantas, un gato sin nombre cazando moscas. La mía que cruza y el otro que la huele. Sigue arañando bichos en el aire.

En el fondo encontré la cola del tiempo. Dice que siempre estuvo aquí, esperando que llegara. Hay un conflicto del que no quiero hablar. Una bobada de esas que por alguna razón no lo es y crece más de lo que debería.

Mi gata dice que deje las puertas entornadas, con lugar para pasar, y también comida en el plato. Se acerca cuando quiere mimos. Se queda a descansar. Propongo un trabajo: contar de la manera que me gustaría escuchar. Pasan cosas que tengo que escribir para poderlas ver.

En el libro que estoy leyendo, el canto de un pájaro

es el origen de una novela larga que no pude terminar.

En el libro que estoy escribiendo, me despierto con el sonido de un pájaro que escucho temprano. Un día lo grabé. El registro tiene bastante ruido ambiente.

Parece que funciona así. Uno busca cómplices.

En el libro que estoy leyendo, el personaje se va a pasar unos días al fondo de un aljibe seco. Le sale una mancha de nacimiento en la cara. Una mancha grande que no le importa tener.

En el libro que estoy escribiendo, el personaje se va al fondo de su casa a escribir. Descubre un agujero que convierte en líquido las horas del tiempo.

En el libro que estoy leyendo, la señora que arregla cosas de la gente pregunta al personaje si tiene problemas en la circulación del agua de la casa. Él no entiende muy bien de qué le habla.

En el libro que estoy escribiendo, el personaje

arregla la canilla de agua fría de la ducha, porque no estaba saliendo casi nada.

II

Vamos a entendernos. El mundo se come crudas a personas como yo, que escriben del perfume de las tareas y cosas así. Todos los días, incluso, el mundo desayuna gente muy preparada. Así que vengo temprano tratando de que no me encuentre. Ayer puse el despertador a las siete. Pero no hizo falta. El pájaro trabajó desde las seis y algo. Después, mientras me ataba los cordones, volvió a cantar alentando. Todo el mundo se hace entender. Y a eso vine al fondo. Un lugar que negaba. Lo usaba para hacer asados, invitaba amigos. Los dejé ir porque me aburría tener siempre las mismas conversaciones. Inventaba o cambiaba de tema sin avisar. Servía los vasos con la bebida equivocada. Bostezaba, reía a destiempo. Luego

mechaba argumentos tratando de tener razón. Entonces dejaron de venir. Era un suplicio para ellos, lo entiendo. Yo haría lo mismo.

Apareció un nuevo sitio de observación. Hay puntos de vista que vienen de la mano del tiempo. Ayer no hubiera creído la persona que soy hoy. Lo bueno de respirar acá.

Yo era de andar pidiendo permiso al aire por invadir. Tratando de convencer al destino de que no soy de peligro, ni alguien a quien seguirle los pasos por si las moscas. No quería que el foco me diera.

III

¿Y si uno es un payaso?

Está el caso de este escritor. Lo elogiaban. Escribía muy bien, sabía narrar y tenía cosas para decir, pero era un fiasco. Porque solo sabía escribir las palabras

necesarias para que haya cierta cantidad de personas dispuestas a hacerle los honores necesarios para ser una figura de su tiempo. Se sintió payaso y se mató. Se ahorcó a las nueve de la noche de un sábado. Teniendo todo se sintió sin nada, avergonzado, porque era un puto fraude, como decía él. Le cayó un suicidio promediando la carrera. Lo dejó escrito en un cuento.

Sus relatos me costaban pero no los soltaba. Algunos me destruyeron durante una semana y media. Me convencí de que debía intercalarlo con otras lecturas, más livianas. Algo de verdura, medio sencillo, como para no quedar muy pesado durante la madrugada y tener que levantarme para ir al baño.

Entonces, por la mitad de una antología, leí la historia del momento en que se mata. Ahí está todo. Dos o tres cuentos después de ese, cerré el libro en mitad de una oración. Me había saturado. Con el retrogusto, pensé más o menos lo que estoy contando.

Por eso te digo. Algunos van por una cosa o por otra. Yo voy por estos párrafos.

IV

Me escondo.

Escapo de cualquier actividad que intente involucrarme. Esquivo con la cintura y pasa de largo. No es tan fácil como parece. Hay que entrenar. Saber declarar.

Esta mañana, luego de eludir los compromisos que se presentaban, estaba pronto pero no conectaba.

Me empecé a sentir mal. Tuve que moverme. Fui a buscar el fregón, el agua y el hipoclorito. Lavé profundo los pisos del baño, el pasillo, el comedor y la cocina.

Escribir me hace ver todo de cerca. Vamos a decirlo así: para que el mundo no te coma crudo uno se hace un invento. En la adolescencia, o por ahí. Después te lo creés, porque está bueno. O no, porque

empezás a ver las patas de la sota.

Hay un circuito: cansancio, depresión, quietud, acción motivadora, turbulencia, visión, escritura. Podría ser la descripción de un proceso de recuperación por el lado creativo. Siento que tengo perfil editorial.

V

El lugar me cuenta cosas desde hace años. Mi trabajo es escuchar. Anoto todo lo que puedo. Son muchas historias archivadas. Fragmentos de situaciones vividas. Emociones secas. Algunas muy viejas, colgadas como una ropa que nunca recibió el sol de ese lado.

Ahora dice que quiere corporizar, que la mire a los ojos mientras conectamos. Es una necesidad, dice. La idea me pone nervioso.

Si rechazo el plan, buscará con alguien más. Y no sé si tendré la suerte de sintonizar en otro lugar. A

veces lleva tiempo, o toda una vida. Al final, migajas. Como una tele que agarra una señal defectuosa. Te llueve. La señal va y viene. No se puede trabajar.

Voy a transar. Buscar la manera de que no me afecte ver las caras de toda esa gente que quedó con ganas de decir cosas, o de hacer tal y cual.

A veces para llegar a una buena historia hay que fumarse unas cuantas de otras.

Quizás pueda plantear un aumento de categoría, para el próximo presupuesto. No es el mismo trabajo escucharlos dentro de mi cabeza que sentados ahí con la cara que tuvieron. Es otro estrés. Ahora hay sensibilidad para estos temas. Desde hace unos años, cuando empezamos a remontar el oficio. El Estado nos empezó a pagar, reconociendo la función social que cumplimos. Demostraron cómo descomprimos y aportamos al equilibrio natural en la lógica de las energías humanas. Se pasaron un poco cuando impusieron la lectura obligatoria, en cada barrio, de los relatos del lugar.

Pero son ajustes que tiene la historia. Nos bandeamos para un lado y después para el otro. Ahora, cuando te conectás a la red desde una manzana, saltan avisos que invitan a leer cuentos del escritor más cercano. Puede haber más de uno, claro. Las zonas pobladas de historias salen más caras. El laburo nuestro cotiza bien, hoy, en ciertos ambientes.

En otros lados pasa lo contrario. Mucha gente no nos está leyendo.

Aprendieron rápido a cerrar las ventanas que nos ofrecen, apenas entran a ver sus mensajes. Se escapan a cuentos agradables o entretenidos, eluden conflictos. Por eso no está armónico el ciclo vital. Por eso quiere corporizar. Para que escriba cosas más fuertes, algo que los haga reaccionar. No puedo decirle que no, está visto. Así como conecto yo, un día cualquiera, algún vecino pensando pavadas en su fondo se descubre anotando y buscando la soledad.

3. Y bueno

El momento para empezar a escribir es después de un orgasmo.

Quizás tu chica no entienda si le revoleás las piernas para agarrar una birome, pero puede ser que te pase.

Tenés que conseguir una que se ponga alegre por vos cuando te pase.

El domingo pasado escuché una mudanza en uno de los apartamentos de al lado. La gente no se trataba bien. Quizás fuera cansancio. Hoy vengo y hay pájaros nuevos. Hacen un sonido corto, como el chistido del repartidor de bebidas que, colgado atrás, le avisa al que maneja que puede ir arrancando.

Un pájaro de trabajo economiza el garguero. De lejos, el canto se escucha rudimentario, sin gracia. Pero concentrados podemos sentir que aporta un goteo que da noción de los ratos mientras van pasando, lentos.

A veces, en lugar de escribir, quisiera alquilar mis ojos. Ahorrarnos ortografía y correcciones, sueldos de funcionarios. Por una suma que pague los gastos, te daría acceso.

Anoche entendí en un sueño por qué nos dejaron acá. No perdamos más tiempo. Sigamos buscando.

Hay pájaros nuevos. Recién apareció otro distinto,

bien criollo, con un repertorio tremendo. Debe usar bufanda de cantor. Se lo escucha así, orgulloso de saber que es bueno.

Miércoles 6:11

Las empanadas de membrillo que hice anoche quedaron un poco duras. Una manera de comerlas es la siguiente: apretarlas en una mano para que sean aceptables para los dientes, como cuando las saqué del horno. En ese momento no se podían tocar por la calentura del relleno. De madrugada, mientras dormía, pasaron por un estado ideal, fueron tibias como palabras de aprecio, hasta que la masa empezó a endurecerse. Ahora de mañana las quebré con las yemas. Las desayuno con el placer que da el dulce junto a la promesa de lo que viene.

Quería registrar el sueño reciente. Pasaba por los temas que relataba sin sentido, pero unidos entre sí por una energía sigilosa, de zurcido invisible. Estaba en un taller de letras con unas diez personas, sintiéndome apurado porque no tenía texto y la ronda había comenzado. La sala estaba llena de profesionales de la lectura entrelíneas, con

opiniones de esas ocurrentes y graciosas que brinda el ejercicio intelectual avanzado. Yo soy muy básico pero aprendo rápido los códigos sin detenerme a pensar si me gustan. Es un recurso. Si aplicara algún filtro personal sería distinto. A quién le importa. Ahora ya soy otra persona, tengo esos códigos y los quiero.

Lo que conseguí para escribir de apuro fue ese papel negro arrancado de una revista. Copié de la libreta de anotaciones. Redacté con birome azul sobre la hoja oscura, de manera que para ver había que inclinar el papel hasta encontrar las palabras con el reflejo de la luz. Por esa razón, sabía que mi lectura se entrecortaría y sonaría como esas personas que nunca pudieron cristalizar un discurso decente por problemas de aprendizaje.

Estoy en una parte donde el sueño empieza a desdibujarse, pero recuerdo a un compañero que debía irse. Esos casos que todo el mundo sabe de qué se trata pero nadie encuentra manera elegante de comentarlo.

Estaba en algo. Tenía un comienzo. Cuando desperté conservé por segundos la ilusión de haber escrito dormido y encontrar ese papel negro sobre la cama. Tengo que levantarme, si quiero recuperar al menos un poco de todo eso.

Lo tenés o no lo tenés.

Si lo tenés
sufrís feliz.

Si no lo tenés
lo buscás
para encontrarlo
y sufrir feliz
sintiendo que no tenés nada.

Un ángel de la guarda viene bajando lentamente para sentarse junto a otro que se mueve en una hamaca imaginaria. Vigila desde ahí a su ahijado, por así llamarlo.

—Es un tipo complicado —le informa al recién llegado, que copia el invento de su colega y se mueve a la par para seguir conversando de cerca.

El segundo ángel que llega en beneficio del humano es algo así como una emergencia móvil del cielo. Un refuerzo que se necesita en algunos casos.

—¿Qué le pasa? —pregunta el segundo.

—Es difícil decirlo —dice el primero—. Estuve midiendo el aire.

Medir el aire es un procedimiento habitual que consiste en calibrar el espesor del ambiente donde el humano duerme. Si es carnívoro o bebedor, fumador o minero, el resultado es desfavorable.

También si tiene mal humor, mal aliento, mal presentimiento o malta en la heladera. Pero si ronca, posiblemente no sea tan malo.

—Está en el horno —sentencia el enfermero, al

informarse de que el tipo comió una pechuga de pollo, unas fetas gruesas de ternera y un trozo de bondiola de cerdo. Tomó medio de litro de whisky más dos cervezas. Fumó cinco cigarrillos y medio porro de flores. De postre: ensalada de frutas.

—No te creas —dice el primero—. No es oro todo lo que reluce. No es mierda todo lo que huele mal. No siempre que llueve...

—Ya, ya. Ya entendí —interrumpe el otro—. Decime qué sabés. Tengo un veterano a tres cuadras de acá que está por tropezarse y joderse la cadera.

Resumime.

—Es un escritor —dice el primero.

—Ajá —dice el segundo ángel—. ¿Y entonces?

—Acaba de escribir un cuento —dice mirándolo a los ojos; al lugar donde aproximadamente deberían estar los ojos.

—¿Y entonces? —repite el enfermero.

—Leelo. Es uno de los nuestros.

—No tengo tiempo ahora... Decime qué hacemos y ya.

—Dale gas. Todo lo que puedas —le dijo. Volvió a mirar al paciente y retomó el impulso de la hamaca estirando las piernas—. Suerte con el veterano de la cadera. Me quedo un rato más con él.

Me guardo en la caverna. Saco fotos. Doy vueltas por el jardín. Vuelvo a entrar. Voy por los cuartos. Me aparto de lamparitas mayores a 60. Busco habitación, encuentro una vacía. Me siento en el piso a mirar el techo. Dejo pasar el tiempo. Apunto a la cabeza para que destile y se comprometa con el resto. Dice cosas que están más o menos. No funciona bien cuando le meten el gaucho. Subo trepando por la soga. Puedo hacer un párrafo cada vez que viene un nudo.

Estoy solo. Puedo tirar de la manija en mi tren de vapor sin conflictos de frecuencia. Llegué del trabajo con las bolsas. Voy dejando la ropa colgada. Meo. No me lavo las manos en el baño pero quizás en la cocina, donde empiezo con las hojas de lechuga, un corte de repollo y una zanahoria rallada fino. Aceite de oliva. Cuando veo la bolsa de tomates decido morder uno mientras trabajo en la tabla. El arroz viene de ayer y el pan de hoy de mañana. Está llegando el momento del tinto. Otro tomate. Después de dos vasos empieza a mecharse el té, empujando al vino para que quede en la botella el comienzo de la noche siguiente. Prendo palo santo, alguien me manda a caminar recorriendo los cuartos. El olor enciende la señal de que puedo avanzar. La lucecita roja indica que estamos en el aire. Me sirvo la comida pero a cada rato tengo que parar, no quiero olvidar cosas. Anotarlas también las puede arruinar. Algunas se despiertan, comienzan a trabajar.

Cuando salgo al balcón me entero de la lluvia, que duró los minutos necesarios para no hacerme regar. Afuera hay un 3 de abril. La idea de hoy es leer las cosas que pasan como la mejor chance que tiene la noche de hacerse conducir.

Supongo que la mayoría de los suicidas estarán demasiado ocupados. Pero yo, que estuve coqueteando con la idea y terminé matándome por impericia, no tengo más remedio que disfrutar este momento. Cuando puedo escuchar los pensamientos de mis parientes y amigos. Lo que dicen. Una maravilla.

Imagínense. Toda la vida tratando de ser escritor, eludiendo responsabilidades para dedicarme de lleno. No hacía ni una cosa ni la otra.

Mi personalidad. Debo haberla conseguido de segunda mano. Porque mientras escribía mal, poco y salteado, me atormentaban las cuentas por debajo de la puerta.

Los reclamos afectivos. Eso de interesarse por las personas que querés y que te quieren. No era muy bueno para eso, tampoco.

Estoy investigando, ahora que tengo lo que ustedes llaman tiempo, en qué cosas era bueno. Pero bueno en serio. Acá te prestan lo que podría llamarse la película de tu vida, donde podés repasar a voluntad

cada tramo. Realmente impresionante. Pensás una fecha y ya estás ahí.

Todos van a ver la infancia. Es lo primero que hacen. Cuando recuperan la visión infantil de las cosas se quieren matar. Muchos lloran como nunca. Me detuve en la textura de los sillones de casa. Mi mano pequeña subiéndose como si fuera una montaña.

Aclaremos que mi situación es transitoria. Se van apagando de a poco mis pulsaciones. Allá tenemos otra visión. En un momento pasás de vivo a muerto. Pero acá no lo ven así.

Me detuve en algunos hechos. Tres o cuatro situaciones que te quedás discutiendo con alguien si pasó tal o cual cosa. Donde cada parte defiende a muerte su versión de los hechos. Una pavada, si querés. Pero mi espíritu no es de los más desarrollados.

Bueno, volviendo al asunto. Después de un rato de observar, me di cuenta de que era bueno en mirar, oler y escuchar. No siempre, claro, tuve mis épocas.

Así que ta, ahora que tengo lo que llamábamos tiempo, voy a escribir. Ingresar de alguna manera en la mente de otro escritor. Ya no importa el crédito.

Hay veces
que aparece una idea.

A veces está buena
y otras, de otra manera.

Escribo,
trato de seguirla
y eso es todo.

datri.uy